

PROPAGANDA

LA NOVELA FEMENINA
CINEMATOGRAFICA



LA MANIQUÍ PARISIENSE

POR
LIONEL BARRYMORE, HOPE HAMPTON, ETC.

N.º 128

30 cts

La Novela Femenina Cinematográfica

Director: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Publicación semanal de asuntos de películas

Redacción y Administración:

Vía Layetana, 12 - Teléfono 4423 A - Barcelona

Año III

N.º 128

La maniquí parisiense

*Preciosa comedia cinematográfica, interpretada
por los célebres artistas*

*Hope Hampton, Lionel Barrymore,
Louise Glaum, J. Moy Bennett, Ar-
thur Donaldson, etc.*

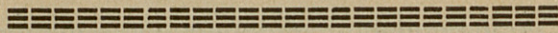
EXCLUSIVA DE

PRINCIPE FILMS, S. L.
SAN SEBASTIÁN

Representante para Cataluña, Aragón y Baleares

FILMS PIÑOT

Calle Valencia, 228
BARCELONA



La maniquí parisiense

Argumento de la película



I

Carlos O'Malley, un industrial neoyorquino que aspiraba a renovar las modas cabaretistas de su país, llegó un buen día a París dispuesto a sondear concienzudamente el alma complicada y multiforme de la ciudad alegre y confiada donde, como en rica copa de labrado vidrio, burbujea el dorado champaña de todos los placeres.

Pero O'Malley, que nunca había estado en la sugestiva capital francesa, se perdió en el laberinto de sus múltiples encantos sin acertar con el faro luminoso que orientase sus ansias renovadoras.

En la terraza del aristocrático New-York Bar, O'Malley, apurando aperitivos y recomfortantes, miraba transcurrir las horas apacible y satisfactoriamente, pero sin que le produjesen el rendimiento de utilidad a que él aspiraba.

Por las noches recorría los más famosos establecimientos de Montmartre y siempre sufría la desilusión de no hallar novedades dignas de ser tenidas en cuenta para sus planes futuros. Los *Cabarets* y Cafés-Conciertos del famoso barrio estaban en su mayoría montados a la moda americana con el jazz-band inevitable y el charlestón insoportable. Las señoritas de falda y pelo cortos, todas iguales, todas frías e incapaces de un gesto que descompusiese su forrada corrección, no podían satisfacer las inclinaciones investigadoras de O'Malley quien llegó a considerarse defraudado en sus propósitos y llegó hasta pensar que las pretendidas sugerencias parisinas sólo eran hábiles embustes forjados para atracción de incautos e inocentes turistas.

Ya estaba decidido a regresar de nuevo a su amada y libre América con las manos tan vacías como de ella las trajo, cuando una tarde, en la propia terraza del New-York Bar, mientras apuraba un whisky bien cargadito, la casualidad, aliada de los descorazonados, le deparó la suerte de conocer a un tipo de luen-gos bigotes entrecanos y prócer continente que,

sin que nadie tomase el trabajo de hacerlo, se presentó él mismo con el pomposo título de Gran Duque Popovitch.

Por si era poco tan importante conocimiento, O'Malley tuvo aquella misma tarde la fortuna de estrechar la mano de su compatriota el multimillonario Federico Harmon, llegado a París en busca de los placeres que le negaban las leyes prohibitivas de su país y de todos los demás que pudiesen amenizar sus ocios de rico.

El Gran Duque Popovitch, enterado de los deseos investigadores de O'Malley se ofreció a servir de guía a los americanos para mostrarles los rincones más clásicos del París noctámbulo.

Este Gran Duque, tan galante con sus nuevos conocidos, no conservaba de su pretérita grandeza, fuera de un flamante sombrero de copa y un roído abrigo de irreprochable corte, aquel su empaque aristocrático que predisponía a considerarlo como un auténtico príncipe ruso desterrado voluntariamente por no querer entablar relaciones con los comités soviéticos.

La excursión propuesta fué aceptada y O'Malley y Harmon recorrieron aquella noche los principales establecimientos de Montmartre, donde se rinde culto al dios Momo y a todas las Venus ligeras de cascos.

El "Rancho del Cow-boy Negro", "El Joc-

key" y como postre "El Padre Tranquilo" hicieron las delicias de los turistas que se confiaron a la pericia cicerónica del gran duque Popowitch.

Pero al amanecer, cuando ya el sol naciente iluminaba la cúpula de Nuestra Señora, O'Malley no había encontrado aún la inspiración fundamental que había de servirle de base para instalar en Nueva York un cabaret que ofreciese novedades sensacionales.

El multimillonario Harmon supo desquitarse del desengaño sufrido, pues aquella misma mañana tuvo la satisfacción de pasar unas horas deliciosas al lado de Nina Omstead, una linda americana a quien nadie hubiese disentido el campeonato del divorcio, puesto que acababa de obtener en París la separación de su cuarto marido.

Nina, conocedora del número de millones que Harmon poseía, soñaba con una quinta reincidencia matrimonial, cosa que no parecía difícil, dado el entusiasmo y constancia con que su acaudalado compatriota la requería de amores a todas horas.

Harmon gozaba tanta fama de millonario como de aspereza en su trato. Sin embargo, cuando junto a Nina se hallaba era galante y dulce como un abate versallesco. Nina y él tenían acordado embarcar al día siguiente con rumbo a la patria común. Ella marcharía aquella misma noche y Harmon se le reuniría

a las primeras horas de la mañana próxima.

Aquella breve separación tenía un poco disgustado a Harmon, quien se veía precisado a consentir en ella por tener que evacuar en París un asunto de la mayor importancia. Para desquitarse, decidió no separarse de Nina en todo el día y, no obstante las características de su temperamento adusto, accedió a acompañarla a casa de la gran modista Ana y tomar parte en la enojosa elección de un vestido de fantasía.

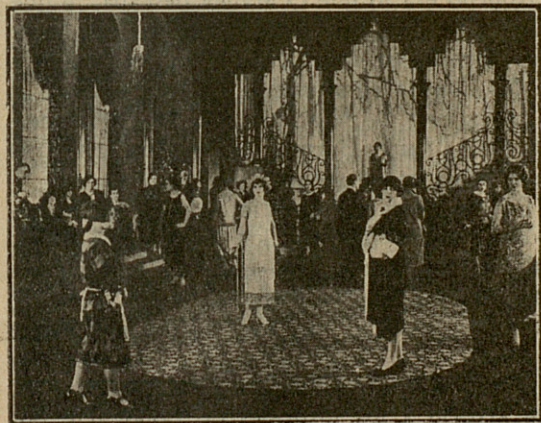
Entre las maniquíes que desfilaron ante la pareja americana luciendo fantásticos y lujosos atavíos, figuraba la rubia y deliciosa GINETTE, la más renombrada entre sus compañeras.

No obstante la presencia de Nina, Harmon no pudo por menos de mirar complacidamente a la bella muchacha y aun la dirigió algunos elogios que sonaron bastante desagradablemente en los oídos de su celosa compatriota.

Sin embargo, la elección de vestido se llevó a cabo sin más incidentes de importancia y Harmon y Nina se ausentaron de casa de Ana tan atortolados como habían entrado.

El acompañó a ella a la estación y la despidió casi con lágrimas en los ojos. Luego, regresó al hotel y, mientras llegaba la hora de evacuar el asunto que motivó su permanencia en París, se distrajo en preparar por sí mismo su equipaje, menester que a nadie quiso

confiar en evitación de que se descubriese el gran contrabando alcohólico que pensaba introducir en el país de la ley seca, escondido entre docenas de trajes y en el interior de múltiples zapatos.



Entre las maniquíes que desfilaron...

Una vez terminados sus quehaceres, fué a saborear una copita de whisky en la terraza del New-York Bar. Allí estaban ya O'Malley y el gran duque Popowitch proyectando una nueva excursión para aquella noche.

El gran duque prometía ofrecer a sus cientos amigos un espectáculo jamás visto ni

sospechado. Un verdadero *cabaret* de apaches donde, según afirmaba su panegirista, era preciso llevar un arsenal de armas para defensa propia y un seguro de vida para garantizar el bienestar de la familia en caso de muerte violenta.

Aquello era lo que O'Malley deseaba, lo que había buscado inútilmente durante su larga permanencia en la ciudad de los misterios y de las hondas emociones.

La excursión fué aceptada de la mejor gana y a ella se sumó Harmon queriendo consolarse de la ausencia de su adorada Nina.

Por un verdadero laberinto de callejas apartadas e inquietadoras, los americanos y su guía llegaron ante una estrecha y achatada puerta que conducía a unas empinadas y oscuras escaleras por las que daba miedo aventurarse.

Aquel antro se titulaba "El Gato Rojo" y, con arreglo a los informes de Popovitch, era el refugio predilecto de todos los criminales más o menos apachescos de París. Allí se celebraban orgías abracadabrantes en las que se gastaba el producto de los más célebres robos cometidos en la ciudad o el contenido de la cartera de algún transeunte desvalijado y asesinado en la calle, en las propias barbas de los impotentes policías.

Aquellas orgías eran amenizadas por la presencia de infelices mujeres, desprovistas de

todo sentido moral, que se sometían inconscientemente resignadas a las continuas y despiadadas brutalidades de los asiduos concurrentes al establecimiento.

Allí corría la sangre tres o cuatro veces por noche, y sin duda el nombre de "Gato Rojo" escondía un símbolo y significaba en realidad que en aquel antro hasta el gato estaba rojo... de sangre.

Con tan sugestivos antecedentes, los americanos penetraron en el local del *cabaret* en igual disposición de ánimo en que debían hallarse los combatientes en la batalla del Marne.

El escenario era digno del drama, o mejor dicho, melodrama que en él se desarrollaba diariamente.

El techo, las paredes y el suelo eran rojos, sin duda para disimular también los derramamientos de líquido intravenoso.

Varias mesas de *no pintado* pino diseminadas sin orden ni concierto y, junto a ellas, sentados en taburetes primitivos, hombres de **mirada siniestra**, apurando el veneno de los lagares en vasos de cerca de un litro de **cabida**.

Cerca de estos hombres, criminales sin duda todos ellos, mujeres pobremente vestidas y con los cabellos en desorden, procuraban sonreír bajo sus rostros groseramente pintados.

Detrás de un mostrador grasiento, aparecía el Satanás de aquel Infierno, un verdadero at-

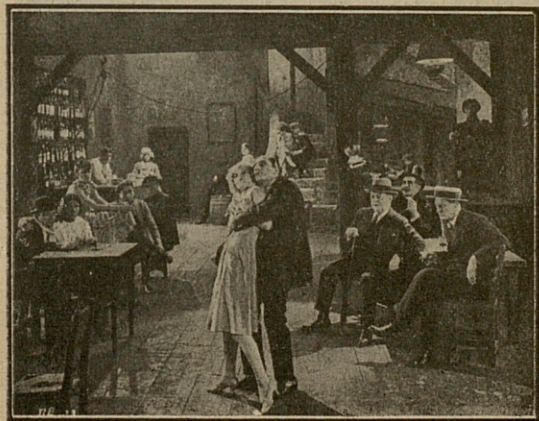
leta, como correspondía a quien a diario había de tratar con una parroquia como la que en torno de las mesas se apiñaba.

Los americanos y el gran duque, después de echar una ojeada sobre cuanto les rodeaba, tomaron asiento junto a la única mesa que se hallaba vacía. Pidieron una botella del mejor vino que hubiera en el establecimiento y quedaron agradablemente sorprendidos cuando el Satanás del mostrador puso ante ellos una botella de auténtico español que no hubiese hecho mal papel en la bodega del más refinado de los bebedores.

Sonó con estrépito la orquesta del *cabaret* y saltó al centro de la sala una bailarina de cabellos dorados que, bajo la pobreza de sus groseros atavíos, revelaba las excelencias de una juventud pródiga en belleza. Mostraba también el rostro pintado, pero se adivinaba que detrás de aquella capa de rojos y azules sin arte distribuidos, se escondía un rostro fresco y hermoso.

Harmon quedó contemplando con creciente interés. Juraría que no era la primera vez que la contemplaba. Pero, ¿dónde? No podía hacer memoria. Los ojos burlones de la bailarina debieron notar la atención con que era observada, porque también se clavaron con firmeza en los de Harmon. El multimillonario tuvo la certeza de que tampoco era la primera vez que aquella mirada se clavaba en la suya.

Un incidente violento vino a arrancar a Harmon de sus meditaciones. Dos de los hombres trágicos sentados junto a las mesas, se abalanzaron a un tiempo sobre la bailarina y trataron de abrazarla. El encuentro fué terrible.



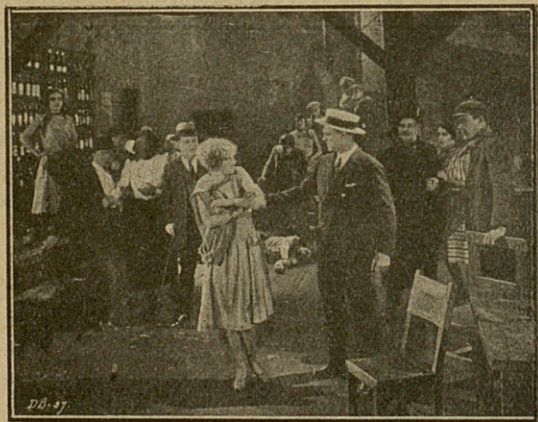
Harmon quedó contemplando con creciente interés.

La muchacha se defendió con gallardía, pero estaba a punto de sucumbir.

Harmon se lanzó en su defensa. De dos violentos puñetazos derribó a los rivales y, tomando a la bailarina en sus brazos, ganó la

escalera, salió a la calle y subió, con su carga, al primer taxi que encontró.

La muchacha, que parecía desvanecida, no tardó en recobrarle. Lejos de mostrarse asustada por lo que en el cabaret acababa de su-



Harmon se lanzó en su defensa.

ceder, sonreía despreocupada. Pasado un momento, al darse cuenta del camino que el auto seguía, advirtió a su salvador:

—Esta no es la dirección de mi casa. ¿Se puede saber adónde me lleva?

Harmon no contestó. Atendiendo al lugar de donde acababa de arrancarla, veía en aque-

lla mujer la conquista fácil al primer requerimiento de amor. La llevaba a su hotel. Quería hacerla despojarse de sus groseros afeites, para poder besar a su gusto aquellos frescos labios y aquellos ojos azules, donde parecían asomarse dos girones de cielo.

El coche no tardó en detenerse. La bailarina de "El Gato Rojo" no opuso resistencia a subir a la habitación de Harmon. De sus labios no había desaparecido la sonrisa burlesca que la acompañaba desde que fué arrancada del cabaret por el gesto caballeresco del multimillonario americano.

Pero cuando su raptor pretendió estrecharla en sus brazos, se defendió ella con tanto brío, fué tanta la desesperación que sustituyó su primitiva sonrisa, que Harmon renunció a su intento y concibió la sospecha que se hallaba ante un extraño caso de fondo moral con perversión aparente.

La muchacha se había desplomado sobre una butaca próxima y sollozaba escondiendo la cara entre las manos.

Al fin levantó el rostro y con los ojos cuajados de lágrimas pidió a Harmon:

—Haga el favor de llevarme a mi casa. No está bien que trate de abusar de una mujer honrada. Eso no es de caballeros.

Harmon obedeció sin oponer reparos a aquellas palabras que tan mal parecían avenirse con los sucesos desarrollados durante la noche.

La bailarina vivía en un barrio obrero, en una casita que, se adivinaba, era habitación de gente obrera. Cuando llegaron a la puerta ella invitó a su acompañante:

—Suba. Conocerá a mi familia.



—Haga el favor de llevarme a mi casa...

En el rellano de la escalera salió a recibirlos un muchacho joven que sin reparar en Harmon abrazó y besó efusivamente a la bailarina.

El multimillonario quedó un poco desconcertado. ¿Marido o amante?

Avanzó hacia la puerta por donde los dos

jóvenes habían desaparecido, y el espectáculo que a sus ojos se presentó en el interior de aquel hogar le llenó de asombro.

La bailarina repartía abrazos y besos entre un anciano y una anciana de bondadosos semblantes y entre media docena de niños y niñas que saltaban en torno suyo dándole la bienvenida. Más que del lugar de donde la había sacado, aquella muchacha parecía volver al lado de sus padres y hermanos, de vuelta del honrado taller.

Ella, volviéndose hacia Harmon, lo presentó a su familia, añadiendo con indudable ironía:

—Este caballero americano ha sido esta noche mi salvador.

Harmon hizo una ligera inclinación de cabeza y salió de la casa, sin darse cabal cuenta del drama que allí se encerraba, pero sintiendo una honda alegría por haberse convencido de que aquella muchacha que tanto había llegado a interesarle era honrada, plenamente honrada, no obstante el lugar donde la conociera.

Sólo una duda la agitaba. ¿Dónde la había visto antes, dónde?

II

Cuando al marcharse Harmon, quedó solo O'Malley en "El Gato Rojo", se apresuró a pedir la cuenta, deseoso de marcharse cuanto antes.

El dueño le presentó una factura que ascendía a doscientos francos. A O'Malley le pareció excesiva aquella cantidad por una sola botella de vino. Aun incluyendo el conato de gresca de apaches, resultaba la cuentecita exagerada.

O'Malley intentó protestar con buenas palabras. Pero el Satanás de aquel infierno rojo rechazó la protesta con el *convinciente argumento* de un cuchillo de más que regulares dimensiones.

No hubo más remedio que pagar los doscientos francos. Y aun el gran duque preguntó a O'Malley, con cierta ironía:

—¿Se ha divertido esta noche? ¿Encontró las emociones que buscaba?

—¿Emociones? —replicó el americano—. ¡Demasiadas!

Harmon regresó al "Gato Rojo" cuando ya el dueño se disponía a cerrar. Su sorpresa no tuvo límites al ver transformados a los apaches que allí dejara, en caballeros y señoritas correctamente vestidos.

El gran duque fué el encargado de aclarar aquel misterio.

—Yo no puedo ocultarle la verdad, señor Harmon—dijo—. Este lugar es simplemente una trampa de cazar turistas. Sus peligros no pasan de teóricos. Yo mismo soy un propagandista a comisión.

—Entonces—indagó Harmon—, esa muchacha que yo saqué de aquí...

—Esa muchacha es la célebre maniquí Ginette, de la casa Ana, y viene por las noches a ganarse otro sueldecito representando el papel de depravada. Como los que la conocen están en el secreto, no pierde su reputación.

El bailarín Juan, principal atracción del "Gato Rojo", uno de los que tomaron parte en la fingida gresca, se acercó iracundo a Harmon y le interrogó:

—¿Qué ha hecho usted de Ginette?

—La he llevado a mi casa—repuso tranquilamente Harmon—. Era lo único que aquí me interesaba.

Juan le increpó con mayor violencia:

—¡Usted miente! ¡Esa muchacha es honrada y no acepta ciertas pretensiones.

Aquella misma mañana Harmon envió el siguiente telegrama:

"Nina Omstead. — A bordo del vapor "Triumfo".—Havre:



—¿Qué ha hecho usted de Ginette?

"Asunto inesperado retrasa indefinidamente fecha de embarque. Le deseo feliz travesía."
—Federico Harmon."

Desde el día siguiente comenzó a frecuentar el trato de Ginette. Y con la rapidez que todos los americanos ponen en sus resolucio-

nes, a los quince días le propuso hacerla su esposa.

O'Malley, convencido de que allí no pasaba nada, había llegado a ser un asiduo cliente del "Gato Rojo". Cada día estaba más satisfecho de su descubrimiento. Aquella organización era precisamente la que él había soñado para su *cabaret* neoyorkino. Pero necesitaba colaboradores que conociesen a fondo el asunto y fuesen los encargados de imprimir carácter al establecimiento proyectado.

Hizo proposiciones al gran duque y al bailarín Juan, quienes aceptaron mediante la firma de sendos contratos, en los que se les señalaba triple sueldo del que en el "Gato Rojo" disfrutaban.

Pocos días después, los principales periódicos de América y Francia publicaban esta sensacional noticia:

"UNA MUCHACHA FRANCESA REALIZA SUS SUEÑOS DE ORO"

El casamiento de un banquero con una maniquí.

"Federico Harmon, el conocido banquero, descendiente de una de las más ricas familias americanas, ha contraído matrimonio con Ginette Leroux, una maniquí a quien conociera en su último viaje a París."

O'Malley, Juan y el gran duque embarcaron en el Havre con rumbo a América, forjándose cada uno, con arreglo a sus deseos, las más risueñas ilusiones para el porvenir.

El futuro dueño del "Oro Ruso", que era el nombre con que se había bautizado al proyectado *cabaret* estilo parisino que había de instalarse en una de las principales vías de Nueva York, soñaba, como era natural, en el éxito y prosperidad del negocio. No dudaba de que sus compatriotas dispensarían una franca y entusiasta acogida a los trucos apaches que aprendiera en "El Gato Rojo" y en los que eran maestros los artistas contratados.

El gran duque veía el chaparrón de dólares que se le venía encima tan pronto como pisara el suelo de la libre América, donde la exuberancia de sus facultades tendría apropiado escenario para desarrollarse.

Juan, el bailarín, sabía que Ginette, retenida en la actualidad en París al lado de su rico esposo, no tardaría en marchar a establecerse definitivamente en Nueva York, donde podría verla con frecuencia. Hacía tiempo que Juan estaba enamorado de la antigua maniquí, convertida en millonaria, y si renunció a declarar a la interesada su pasión, fué porque comprendía que al lado de Harmon y de su oro, aquella preciosa muchacha encontraría una felicidad que él no podía ofrecerle.

Desgraciadamente, el éxito alcanzado por

"El Oro Ruso" distó mucho del que soñarían sus fundadores. La policía americana se encargó de clausurar el local a los cinco días de su inauguración, porque el espectáculo no podía hacerse sin la expendición de bebidas alcohólicas, y la ley seca se oponía a ello.

Aquel fracaso produjo en el gran duque y en Juan desastrosas consecuencias. El bailarín tuvo que instalar una academia de danzas antiguas y modernas en la habitación que con su compañero ocupaba en el mismo edificio del *cabaret*.

Por su parte, Popovitch se vió precisado a torturar su ingenio para resolver el duro problema de la manutención diaria.

El primer truco que inventó y en el que fundaba grandes esperanzas, fué el de fingir el planteamiento de demandas judiciales y presentarse a los demandados ofreciéndoles arreglar el asunto mediante una pequeña cantidad. Su título de gran duque era un excelente auxiliar del negocio.

La primera víctima elegida fué el agente de Bolsa Clemont, hombre que gozaba fama de poseer una gran fortuna.

Cuando el agente recibió su tarjeta en la que, bajo un escudo de armas bastante complicado, se leía:

GRAN DUQUE POPOVITCH

Comendador de la Gran Cruz de San

*Jorge; Grandes Cruces de San Nicolás
y San Miguel; General Honorario de la
Guardia del Zar*

tuvo la certeza de que se trataba de un buen asunto profesional y recibió con todo acatamiento a su visitante. Pero cuando éste le expuso el objeto de la entrevista, el truculero duque se vió en la necesidad de ganar por pies la salida del despacho, en evitación de que el tintero del agente de Bolsa tiñese de negro las canas de su cabeza.

No se desanimó por este fracaso y siguió poniendo en práctica el procedimiento que, justo es decirlo, dió buenos resultados en algunos casos. Tontos los hay hasta en América.

III

Al mes de celebrado el casamiento, Harmon y Ginette emprendieron el viaje a América, para instalarse definitivamente en Nueva York.

La luna de miel había sido para Ginette un no interrumpido sueño color de rosa. De la noche a la mañana se vió convertida en una gran señora, rodeada de un lujo principesco y, sobre todo, mimada por un hombre que parecía adivinar todos sus caprichos y deseos para apresurarse a satisfacerlos.

La adustez de carácter que todos achacaban al banquero, no enturbió ni por un momento aquel felicísimo mes de vida conyugal.

Por eso, cuando Ginette embarcó con rumbo a un país desconocido, del cual hasta el idioma ignoraba, ni el más ligero temor empañaba la radiante visión del porvenir.

Tenía la certeza de que, en la espléndida residencia que en Nueva York la esperaba, continuaría aquella alegre y dulce existencia

de la que fueron testigos los mejores hoteles de las principales ciudades europeas.

Por las mañanas, el desayuno compartido con el esposo ideal y sazonado con palabras de miel y caricias de almíbar. Por la tarde, la sorpresa grata del obsequio delicado e inevitable del que era portador el amable compañero que la suerte le había deparado. Por la noche, antes de retirarse a las tibiezas deliciosas de la alcoba, las veladas en el saloncito confidente, leyendo un libro ameno, muy juntas las cabezas para que los labios pudieran besarse al volver de cada página, o a la terminación de cada párrafo.

Desgraciadamente, las ilusiones de Ginette distaron mucho, como las de Juan y el gran duque, de adaptarse a la realidad.

Harmon, desde su regreso a Nueva York, recobró por entero aquel carácter adusto del que Ginette había llegado a dudar.

Se acabaron las ternezas y los mimos para la mujercita. La tiranía de sus múltiples negocios era la razón aducida para mantenerse alejado de la casa durante todo el día y gran parte de la noche.

Fué inútil que Ginette se esforzara en mostrarse más cariñosa. Sus caricias, sus halagos eran rechazados con frecuencia y no pocas veces fueron causa de serio enojo en aquel a quien se prodigaban.

Durante algún tiempo, el matrimonio se re-

unía a la hora de comer. Pero no tardó en llegar para Ginette el desagradable momento de las largas esperas y los avisos telefónicos anunciando que el ausente no regresaría a casa a la hora convenida. En otras ocasiones la mujercita regresaba a casa cuando ya el marido había acabado de comer, no obstante faltar más de una hora para la acostumbrada.

Este alejamiento tuvo un motivo para hacerse más frecuente y prolongado.

Nina Omstead no era mujer que se resignase a la derrota de sus deseos. Ella había soñado en los millones de Harmon y los millones habían de ser suyos. Ciertamente que el banquero no era ya libre para casarse con ella. Pero en la libre América, no es difícil encontrar un pretexto para el divorcio. Que se lo preguntasen a ella, que había disfrutado de cuatro consecutivos.

En cuanto se enteró de que Harmon había regresado a Nueva York, se apresuró a telefonearle, invitándole a visitarla.

El banquero aceptó la invitación con el mayor agrado. Precisamente comenzaban a serle insoportables las asiduidades cariñosas de su mujercita. Un flirteo con la apetitosa Nina, de la que tan buenos recuerdos conservaba, le pareció encantador antídoto para las excesivas ternezas de su hogar.

Y, aquella noche, cuando Ginette, para intentar conmover a su marido, se había puesto

el mismo traje con que él la conociera en el cabaret del "Gato Rojo", Harmon le avisó por teléfono que comiera y se acostara sin esperarle, pues un asunto urgente lo retendría fuera de casa hasta hora avanzada de la noche.

El asunto urgente no era otro que su proyectada visita a Nina. A su lado pasó deliciosamente la velada, recordando los tiempos pasados e incubando el germen de risueñas esperanzas para el porvenir, al calor de la cariñosa acogida que la reincidente divorciada le dispensó.

Desde aquella primera entrevista resucitaron para Nina y Harmon los días de su estancia en París. Se les veía juntos en todas partes como si realmente fueran marido y mujer.

Ginette lloraba la soledad en que su esposo la tenía, pero nunca dudó de su fidelidad. Por quien sentía celos y a los que odiaba, eran aquellos *malditos negocios* de cuya tiranía el banquero no lograba verse libre sino que, por el contrario, cada día lo absorbían con mayor encono.

Mas como la lengua ni la pluma de la murmuración suelen estar ociosas, la casualidad puso en manos de Ginette un periódico mundano, en una de cuyas secciones titulada "Habladillas de cada día", se publicaba el siguiente suelto:

"Cierta millonario que, en un reciente viaje al extranjero, desposó impulsivamente a una linda maniquí francesa, parece ya hastiado de su mujercita, y ahora se le ve a diario en compañía de una bella divorciada."

Ginette apenas sabía traducir el inglés. Pero como el periódico lo trajo el correo dirigido expresamente a ella y el sueltcito de marras aparecía señalado con lápiz rojo, se impuso la tarea de vertirlo al francés, consultando cada palabra con el diccionario.

Al final de su trabajo, fué sorprendida por su marido, quien viéndola tan afanada en la traducción del inglés, la felicitó, diciéndola:

—Te veo celosa de aprender mi idioma, Ginette.

—¡Oh, sí, celosísima!—replicó ella—. ¡Y si supieras qué de cosas he aprendido en un momento...!

IV

Desde el día en que hizo su primer trabajo de traducción inglesa, Ginette no volvió a intentar retener a su marido cuando él pretextaba asuntos urgentes para permanecer fuera de casa. Lejos de ello, le animaba a marchar cuanto antes:

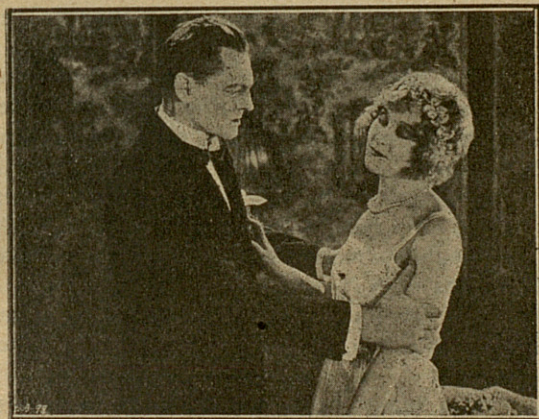
—¿Otro asunto urgente? Lo comprendo—decía—. Sin duda, una junta directiva... ¿O es que te espera aquel señor de Chicago? Date prisa, que estará impaciente.

Para distraer su soledad, sabiendo la estancia en Nueva York de Juan, antiguo compañero del "Gato Rojo", le hizo llamar para que le enseñase los bailes de moda.

No dijo nada a su marido, porque pensaba aprovechar la presencia del bailarín en la casa para hostigar sus celos y pagarle así la traición que con ella cometía.

La ocasión no se hizo esperar. Una noche anunció Harmon que no regresaría a comer. Ginette llamó por teléfono a Juan y ambos se entretuvieron en bailar a compás del fonógrafo.

El banquero llegó a casa de Nina, que se excusó de recibirle por hallarse indispueta. Harmon volvió a la suya en el momento en que Juan y Ginette se entregaban con más entusiasmo a la danza.



—¡Oh, sí, celosísima!... ¡Y si vieras qué de cosas he aprendido en un momento...!

La presencia del bailarín no le hizo mucha gracia, sobre todo teniendo en cuenta las relaciones que le unieron con su mujer. Pero supo callar de momento, en evitación de que ella le echase en cara la amistad sospechosa con Nina.

El gran duque continuaba ejerciendo su profesión de evitador de fantásticos pleitos.

Un día se presentó en casa de Nina Oms-tead, asegurándole que su íntima amiga Frank Golmson se proponía demandarla y que él, que estaba al servicio de un gran abogado, podía arreglar el asunto mediante una pequeña recompensa.

Nina rechazó en principio sus ofrecimientos. Pero adivinando en Popovitch un excelente aliado para sus propósitos, trató de conquistarlo.

—¿De modo que usted está empleado en casa de un gran jurisconsulto?

—Si no es bueno, señora—replicó él—, por lo menos yo voy viviendo.

—¿Y arreglan ustedes divorcios? ¿Ya habrá comprendido lo que quiero decir con *arreglar*.

—Con una compensación adecuada al riesgo, yo le arreglo a usted cuanto desee.

Concertado el *arreglo* con Nina, el gran duque procedió inmediatamente a llevarlo a la práctica.

Al día siguiente, Ginette recibió por correo la siguiente carta:

"Antonia Gebureau, su compañera de los días de "El Gato Rojo", se encuentra en Nueva York gravemente enferma y me pide que escriba a usted rogándole que venga a verla.

Su dirección es: 296 West 50 th. Street. La espera el jueves a las tres de la tarde.

El mismo día, Juan recibió un aviso para que el jueves a las tres de la tarde fuese a la misma dirección, con objeto de dar lecciones de baile a una señora desconocida.

Como se adivinará, se trataba de una celada del gran duque, para dar satisfacción al encargo de Nina.

Cuando Ginette y Juan se encontraron de improviso en la casa designada, fueron sorprendidos por una oculta máquina fotográfica. Aquel retrato era la prueba que la Oms-tead se proponía utilizar para hacer que Harmon se divorciase de su mujer.

Afortunadamente el propio Juan encontró medios de hacer desaparecer la fotografía comprometedor y reconciliar a los esposos, acallando el amor que siempre le inspiró Ginette para que sólo hablase en él el deseo de ver felices a quienes eran merecedores de la dicha.

Y Harmon, que por un momento temió haber perdido el amor de su mujercita, aprendió lo que valía y no vivió en adelante más que para adorarla como en los días felices de su luna de miel.

FIN

Con esta novela exige usted la postal-obsequio de
EDMUND BURNS

Próximo número:

¿CUÁL ERA SU MARIDO?

por Patsy Ruth Miller, David Powell,
Lawford Davidson, etc.

Postal-fotografía-regalo:
MARY PREVOST

La Novela Femenina Cinematográfica

Sale todos los viernes Precio 30 cts.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

AYER APARECIÓ

el libro 89 de la selecta BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

LAS MARIPOSAS DE "MAXIM'S"

por la bellísima LILLIAN HARVEY
y el simpático ERNS WINAR

Sea usted coleccionista de "Los Grandes Films"

¡SIEMPRE LO MEJOR ENTRE LO MEJOR!

A los Lectores

PIDA en todos los puntos de
venta de España y a todos
los Corresponsales, los números
que le falten para tener comple-
tas las colecciones de las publi-
caciones de

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

!! NO LO OLVIDE NI LO DEMORE !!

A los Corresponsales

Le interesa tener stocks de todos los
números de las publicaciones de

**La Novela Semanal
Cinematográfica**

**Pronto: Grandes Concursos
Valiosos premios**

Pida
detalles
a

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
Vía Layetana, 12. - Teléfono 4423 A. - BARCELONA

J. Horta, impresor. - Barcelona